Palacio del Poder Legislativo (en construcción).

XXIV.

EL GOBIERNO

DEL SR. LIC. D. BENITO JUÁREZ.

TRÁGICO ha sido el fin de los Caudillos y libertadores de la América latina.

Ingrato el pueblo, é inclemente el destino, fueron para ellos.

Miranda, el gran apóstol de la libertad, murió desnudo en obscuro calabozo.

Moreno, el predicador de la democracia, el sacerdote de la revolución Argentina, tuvo por tumba el fondo del Océano.

Hidalgo, el sacerdote–caudillo de la Independencia mexicana, murió martirizado, escarnecido, excomulgado.

Belgrano, el salvador de la revolución en Tucumana y Salta, murió en la obscuridad y en la miseria.

Carrera y su rival O'Higgins, el inmortal héroe chileno, murieron desterrados.

Montúfar y Villavicencio, los promotores de la revolución de Quito y Cartagena, estrangulados.

Lozano y Torres, los primeros presidentes de Nueva Granada, cayeron sacrificados por el terrorismo de la restauración colonial.

Piar, el verdadero autor de la insurrección de Colombia, fué fusilado por Bolívar, *á quien*, dice Bartolomé Mitré, *había enseñado el camino de la victoria.*

Bolívar y San Martín, murieron en el ostracismo.

Desterrado, también murió Rivadavia, el gran *genio civil* de Sud América, y Sucré, conquistador de Ayacucho, sucumbió asesinado en un camino solitario.

Para Juárez, el hado fué clemente. . . .

Juárez murió cuando debía morir, antes de que la ingratitud le asesinara; pero á su vez, fué ingrato á los heroicos sacrificios de aquel pundonoroso y leal soldado, que al poner en sus manos la reconquistada bandera de la Patria, puso en ellas también: su ejército, su mando, su espada, sus laureles y su gloria.

Ya desde el tiempo en que Porfirio Díaz sitiaba á Puebla, empezó á resentirse de la frialdad del Presidente; y á su parte oficial, comunicando el asalto y la toma de Puebla, recibió la siguiente lacónica respuesta del Ministro de la Guerra:

«El Sr. Presidente queda enterado de que ha ocupado Ud. á Puebla.»

Al parte oficial había el General Díaz acompañado una carta particular, en la que solicitaba *alguna distinción* para los soldados que habían tomado parte en el asalto: dicha carta quedó sin respuesta. . . .

Pero aun hay algo más: cuando el Caudillo perdonó á los prisioneros de Miahuatlán, La Carbonera, Oaxaca y Puebla, y en vez de fusilarlos despiadadamente los puso en libertad, Juárez le manifestó su desagrado.

En las «Memorias» de Porfirio Díaz hay párrafos que indican claramente el disgusto de D. Benito Juárez.

«El Presidente me había ordenado, en carta particular, fechada en San Luis Potosí, que redujera á prisión á Mr. Dano, Ministro del Imperio francés cerca de Maximiliano, y que pusiera á disposición del Gobierno el Archivo de la Legación. Contesté al Presidente, que no me parecía prudente ese procedimiento (ya que hasta hoy tenemos la malevolencia de Napoleón, le decía el General Díaz, no tengamos la de Francia por hollar su bandera), pero que no me permitía aconsejarle que no lo llevara á cabo, sino que simplemente le suplicaba que me eximiera de ejecutarlo, y que puesto que ya no había enemigo en el país, no tendría yo inconveniente en entregar el mando del ejército que estaba á mis órdenes, al jefe que me indicara, para que éste cumpliera sus órdenes.

«No recibiendo respuesta á mi carta, ni á un oficio en que resignaba el mando, le escribí otras varias cartas, suplicándole me diera sus órdenes para no perder la oportunidad de cumplirlas, porque el

Ministro francés me urgía mucho para que le diera una escolta que lo condujera á Veracruz. . . . . .

«Cuando recibí al Sr. Juárez, adelante de Tlalnepantla, pregunté al Sr. Lerdo por qué no se habían contestado mis cartas, y me dijo que, en su concepto, había yo tenido razón en no prestarme á cumplir esa orden, que pudo haber comprometido al Gobierno, y di así por terminado este incidente. . . . . .

«En los primeros días de Julio (1867) debía llegar á la Capital el Presidente Juárez, y con objeto de recibirlo hasta donde me era permitido separarme del centro de mi línea de operaciones, fuí más allá de Tlalnepantla. Momentos después de haber llegado á aquella ciudad, y cuando nos llamaba á almorzar el Lic. D. José M. Aguirre de la Barrera, que era el Jefe Político de ese Distrito, me llamó el Presidente, que á la sazón platicaba en voz baja con su Secretario de Estado, y delante de ellos me manifestó que hacía algunos días que estaba sin haberes la escolta que lo acompañaba, compuesta de un regimiento, dos batallones y media batería, y me preguntó si tendría yo fondos con que cubrir esa urgente necesidad. Contesté al Presidente que sí los tenía y que podía ordenar á sus respectivos pagadores, que al volver yo á la Capital vinieran conmigo para llevar el haber que esos cuerpos habían dejado de percibir, y, además, el que les correspondiera hasta el fin de la quincena corriente.

«Animado el Sr. Juárez por esa respuesta, me manifestó que tampoco el personal de las distintas Secretarías de Estado había recibido sueldo hacía muchos días, y me preguntó si podría ministrar algunos fondos con este objeto. Le contesté que tenía fondos suficientes para cubrir esos sueldos, y que entregaría la cantidad que me ordenara. Entonces me mandó dar 10,000 pesos con cargo á ese ramo, y ordenó á su habilitado viniera á la Capital para recibirlos. . . .

«En una conversación que tuve con el Presidente Juárez, á poco de su llegada á la capital, le supliqué me mandara liquidar mis alcances, en concepto de que no deseaba yo el pago íntegro de ellos, sino solamente un abono de cinco ó seis mil pesos, y que el resto se me fuera pagando por la Aduana de Veracruz, con los derechos de importación que yo causara directamente, pues intentaba dedicarme al comercio y me parecía que esta manera de pago sería cómoda para el Gobierno.

«El Sr. Juárez me hizo observaciones muy obvias respecto á lo difícil que me sería dedicarme á otra carrera y á la imposibilidad de formar mi liquidación, por no saber qué cantidades se me habían pa-

gado por cuenta de mis haberes, durante todo el tiempo de la guerra, cuando no sólo eran irregulares los pagos, sino muy variable el personal de los comisarios y pagadores encargados de verificarlo.

«Comprendiendo que las observaciones del Sr. Juárez eran incontestables, en cuanto á hacer una liquidación exacta, le manifesté que podía formarse ésta tomando la base de que hubiera yo recibido una tercera parte del sueldo que me correspondía y se me liquidara por las dos terceras partes restantes, cuando en realidad estaba seguro de que yo no había recibido ni la cuarta parte.

«El Sr. Juárez aceptó la idea, y entiendo que una base semejante se adoptó para formar la liquidación de otros funcionarios y empleados que acompañaron al Gobierno hasta Paso del Norte, á quienes entonces se pagaron sus alcances en efectivo.....

«Hecha mi liquidación sobre esa base, me manifestó el Sr. Juárez, como prueba de la benevolencia con que siempre me había tratado, que tenía dadas sus órdenes para que se entregaran en numerario, y en un solo pago, los 21,000 pesos que yo alcanzaba. Contesté al Sr. Juárez que no tenía conocimiento de que tal cantidad se encontrara á mi disposición en la Tesorería; *pero que si ese pago entrañaba alguna condición*, tuviera presente que aún no lo había cobrado y era tiempo de retirar la orden de pago.

«No llegué á sacar ese dinero de la Tesorería; pero algunos días después lo sacó mi apoderado D. José de Teresa, por aviso que le dió directamente el Sr. Juárez, y lo conservó en su poder hasta que el Sr. Benítez dispuso de él, con mi autorización, para sostener un periódico en la capital. Cuando supe que no me quedaban más que 3,000 pesos, encargué al Sr. D. José de Teresa que me los remitiera; pero desgraciadamente se perdió ese depósito en un robo que sufrió su casa, y aun cuando el Sr. Teresa podía considerarse obligado á reportar la pérdida, me ofreció el 50 por ciento, que fué todo lo que recibí de los 21,000 pesos de mis alcances.» (Memorias).

Como se ve, un cambio muy notable se había verificado en el ánimo del Presidente Juárez, desde los últimos triunfos del General oaxaqueño.

«Me recibió con aire adusto,» dice Porfirio Díaz al referir su encuentro con el Presidente, cuando fué á recibirle á Tlalnepantla.

¿Era con aire adusto como debía ser recibido?

Sin duda un hondo abismo separaba ya entonces al zapoteca y al mixteca, al maestro y al discípulo, al jurista y al soldado.

Entre aquellos dos hombres se interponía ya una sombra, la sombra de la duda.... El de la toga encontraba muy grande al de la espada.... esto es humano.

Porfirio Díaz había empezado su tercera campaña con sólo 14 hombres mal armados; al entregar á Juárez la plaza conquistada, le entregaba 21,000 soldados, un ejército armado y el dinero suficiente, más de 300,000 pesos* para pagar á los ministros y á la tropa: era organizador y era hacendista, combatía y ahorraba, llevaba cuenta y devolvía lo que sobraba.... ¡Esto era demasiado!

Un hombre así podía ir muy lejos, y además.... *ya el ejército sobraba.*

Juárez se apresuró á retirar á los jefes triunfadores las facultades discrecionales de que se hallaban investidos durante la campaña, y á reducir el ejército, de más de 90,000, á sólo 20,000 hombres, acordando que al retirarse á sus hogares los soldados, se les diesen las gracias en nombre del Supremo Gobierno.

Con un decreto, creyó dejar resuelto el más difícil y espinoso problema que en su administración se presentaba.

No se harían esperar los resultados.

En un país como el México de aquella época, y con un pueblo como el nuestro en aquel tiempo, la contienda civil era inminente.

Refiriéndose á la difícil situación del Gobierno de Juárez, dice el Sr. D. Justo Sierra:

«Para lograr tener en la mano y hacer suyo al ejército, había un obstáculo casi insuperable: los Generales vencedores, los héroes de la guerra reciente. Todos ellos aspiraban á situaciones privilegiadas, á especies de autonomías militares de honor, de consideración y de poder, no sólo para ellos, sino para los grupos guerreros que se habían formado á su sombra. La masa armada, la que no era propiamente un elemento militar, vuelta á sus hogares ó á sus guaridas, había quedado licenciada ó dispersa, lista para las futuras revueltas ó disuelta en gavillas de bandoleros que mantenían, en toda la extensión del país, la alarma, la inquietud y la desconfianza; de lo que se ori-

---

* «A pesar de las alternativas de la campaña y de los frecuentes cambios en el personal de los empleados de la Comisaría, pude llevar una cuenta de todos los caudales que manejé, que comenzó el 1º de Octubre de 1865, con el dinero que capturé á Visoso en Tulancingo y terminó con la entrada del Gobierno federal á la ciudad de México, el día 15 de Julio de 1867.» (Memorias).

El General Díaz entregó $87,232.19 cs. que tenía en la caja del cuerpo de ejército de su mando, y más de $200,000 que existían en diversas oficinas de Hacienda, que funcionaban bajo su administración.

ginaba un estado nervioso que indicaba que la República no volvería á la salud sino en tiempos indefinidamente lejanos.

«La habilidad del Ministro de Juárez, consistió en desarmar á los elementos hostiles, cuando eran útiles, halagándolos, colmándolos de consideraciones y esperanzas; y en donde las primeras personalidades eran de un temple bastante fuerte para resistir á estos halagos, entonces las otras, los Generales de segunda fila, los Coroneles —y entre ellos había magníficos soldados,— eran solicitados, atraídos, afiliados, desligados de sus jefes: el gran prestigio de Juárez hacía lo demás.

«El jefe más conspicuo del ejército, el que gozaba lo mismo entre las Legiones del Norte que del Occidente ó del Centro, de gran simpatía é incontrastable ascendiente en el antiguo Ejército de Oriente, que se mantenía á sus órdenes personalmente adicto, y huraño, casi hostil, al Gobierno, que desconocía sus méritos y despreciaba sus servicios —hemos nombrado al General Porfirio Díaz,— era el peligro, la preocupación y el obstáculo; aconsejado por un patriotismo extraviado, pero intensamente enérgico, era apto para provocar una revolución, pero incapaz de dirigir un pronunciamiento. Entretanto, el jefe de la 2ª División, desprendido y rígido ante el halago, se retiró tranquilo, descontento y fuerte.» *

A pesar de la *difusión* del Sr. Sierra, se puede comprender que la política del *hábil* Ministro de Juárez consistía en *dividir, atraer, halagar, prometer* y *engañar* á los generales que eran útiles, y, á falta de ellos, á los de segundo orden, y que en cambio, al jefe más conspicuo del ejército, por considerarlo como un obstáculo y un peligro, se le desconocían sus grandes méritos, despreciando sus servicios, y que este conspicuo jefe, aconsejado por un patriotismo extraviado, pero intensamente enérgico, era apto para provocar una revolución, y se retiró *tranquilo, descontento* y *fuerte.*

Pero á decir verdad, ni el Ministro de Juárez fué hábil, ni los medios ó intrigas, por él puestos en juego, eran los apropiados para llegar al fin que se buscaba: el aniquilamiento del militarismo; ni Porfirio Díaz representaba un obstáculo, ni su patriotismo era extraviado, ni el *peligroso* jefe se retiró tranquilo y descontento, sino decepcionado y profundamente entristecido por el presentimiento de los males que amenazaban á su patria, y el fundado temor de que los des-

---

* México. Su Evolución Social. J. Ballescá y Cía. Sucesores. Editor.—México.—1901.

aciertos de aquel Gobierno impopular nos hundiesen de nuevo en los horrores de la guerra civil.

Jamás Porfirio Díaz pensó en hacer una revolución; lo que tal vez pensó desde aquel tiempo, fué acaudillar la que el militarismo hiciera, para poder así encauzarla, engrandecerla, utilizarla en los grandiosos fines á que su recto patriotismo le impulsaba, y después deshacerla para siempre, como, por cierto, la deshizo.

Muy mal obró el Gobierno regateando los sueldos al que, habiendo podido enriquecerse, devolvía los caudales que estaban en su mano, y obró peor, despreciando su abnegación y sus servicios.

Soy un ferviente admirador de Juárez, modelo de patriotas, mas no de gobernantes.

El civismo del gran reformador puede servir de ejemplo al mundo entero: fué un honrado, un apóstol, un creyente; pudo salvar á un pueblo, y no supo gobernarlo.

El primer desacierto de su Ministro Lerdo, fué el prematuro é impolítico golpe con que intentó deshacerse del elemento militar predominante.

Quizás el erudito Ministro recordaba la pérfida conducta de aquel Amilcar Barca, sufeta de Cartago, al deshacerse de las huestes mercenarias que salvaron á la República africana.

Sólo que en esta vez no se trataba de huestes mercenarias, sino del grande, del glorioso y abnegado ejército republicano, que merecía, no la perfidia del general cartaginés, obligando, por hambre, á los soldados á devorar unos á otros, sino la gratitud de la República salvada.

El segundo y más grande desacierto del Ministro, fué aquella célebre convocatoria de 14 de Agosto, creando un ilegal plebiscito, que sancionara la institución del Senado, el VETO del Presidente y algunas otras reformas constitucionales, que el pueblo reprobó tácitamente, negándose á votarlas.

Nació así la escisión entre los partidarios de Juárez y los del Secretario de Estado, y con ella nacieron los partidos juarista y lerdista.

Tratóse luego de aplicar aquella ley que tan severamente castigaba á los cooperarios de la Intervención; vinieron las poco equitativas conmutaciones de la pena de muerte en la de prisión; de ésta en la de destierro, y la de confiscación en la de multa.

Entre tales desaciertos políticos y otros aún más grandes desaciertos económicos y administrativos; entre el amenazador descontento

del pueblo, los desastres del erario, las disensiones de los juaristas y lerdistas, la hostilidad del militarismo y los estragos de la miseria nacional; como una esperanza, como una promesa de redención y de progreso, nació el partido porfirista.

Hecha por el Congreso la declaración del resultado de las elecciones en favor de D. Benito Juárez para Presidente de la República y D. Sebastián Lerdo para Presidente de la Suprema Corte de Justicia, la indignación general llegó al último extremo: La revolución debía estallar en breve.

He aquí la situación de aquel Gobierno, concisamente descrita por uno de nuestros más imparciales historiadores modernos, el Sr. Lic. Luis Pérez Verdía:

«A principios de 1868 se sublevó en Yucatán D. Marcelino Villafaña, quien fué sometido por el General Alatorre; los Coroneles Martínez, Palacios, Toledo y Granados, se pronunciaron en Sinaloa y fueron reprimidos por el General Corona; y en Perote se rebeló D. Felipe Mendoza, que fué vencido y fusilado. El General Negrete, pronunciado también, se apoderó de Puebla, pero fué derrotado por el General Vélez. Al siguiente año, el espíritu revolucionario hizo una manifestación más importante: los Generales D. Francisco Aguirre y D. Pedro Martínez, se sublevaron en San Luis Potosí el día 15 de Diciembre de 1869, y el General D. Trinidad García de la Cadena en Zacatecas, después de apoderarse de una conducta de caudales, ocupando el General Toledo á Aguascalientes el 13 de Enero.

«El General Rocha, que venía en su persecución de Ciudad Victoria, atacó á los sublevados en San José, logrando derrotarlos el día 14 de Enero; pero reforzados, á los cuatro días lo destrozaron, á su vez, en El Tejón, obligándolo á retirarse á Tula, de donde volvió, auxiliado por Cortina y Corella, en su persecución.

«A su vez, Escobedo los amenazaba por el lado de Guanajuato, por lo cual aquellos, esquivando el combate y reuniendo un grueso de 8,000 hombres, cambiando de dirección, marcharon sobre Guadalajara; mas detenidos en el puente de Tololotlán, donde murió el valiente Coronel Granados, no se atrevieron á atacar aquella ciudad y siguieron su marcha para el Sur, perseguidos de cerca por las fuerzas del Gobierno, mandadas por el General D. Sóstenes Rocha, que logró alcanzarlos en «Lo de Ovejo,» el 24 de Febrero, derrotándolos completamente.

«San Luis fué ocupado por Escobedo, y los restos de «Lo de Ovejo» se retiraron á Michoacán, de donde pasaron á Zacatecas, y con

900 caballos atacaron la ciudad de Villanueva, en cuya plaza los venció el General Donato Guerra. Entretanto, García de la Cadena se apoderó de Zacatecas; pero Guerra lo persiguió sin descanso, lo hizo abandonar esa plaza y acabó con sus fuerzas en el mes de Mayo.

«En 2 de Junio de 1870, los pronunciados Toledo y Martínez, con los restos salvados de su desastre de Villanueva, se internaron en Tamaulipas, y unidos á otras gavillas, atacaron á Matamoros, siendo rechazados por el Coronel Palacios; después se apoderaron de la plaza de Mier y lograron aumentar sus tropas; mas el día 13 fueron completamente aniquilados por el General Treviño, en Charco Escondido.

«Casi al mismo tiempo, el 28 de Mayo, D. Fortino Vizcaíno, escapado del motín de La Concepción, en Sinaloa, sorprendió al puerto de Guaymas, desembarcando, á favor de la obscuridad de la noche, 120 hombres, que conducía en el vapor «Forward,» que llevaba bandera de San Salvador.

«Dueño del puerto, se apoderó de 5,000 rifles, de más de 80,000 pesos, libertó á los presos, arrestó á los empleados y á las veinticuatro horas se reembarcó; mas perseguido por el vapor «Mohicán,» á los pocos días fué batido frente á Teocápam, y el «Forward» incendiado.

«Ocupado el Sr. Juárez constantemente en mantener el orden público, poco pudo hacer en favor del desarrollo del país; así es que apenas en ese período se renovó á la compañía «La Sére» el privilegio de establecer un ferrocarril interoceánico en Tehuantepec; á D. Antonio Escandón, el del ferrocarril mexicano de Veracruz; se expidió una ley de instrucción pública y otras no menos interesantes. El 16 de Septiembre de 1869, se inauguró el ferrocarril entre México y Puebla, con gran solemnidad.

«Al terminarse el cuatrienio constitucional, el partido juarista inició la reelección de su candidato, mientras grupos políticos de mucha representación postulaban á los Sres. Lerdo y Díaz, declarándose en el 5º Congreso una terrible oposición al Gobierno, que supo, no obstante, dominarla, teniendo siempre una mayoría parlamentaria. El partido lerdista era el más vigoroso en la Cámara, y el porfirista, el más revolucionario.

«El 2 de Mayo de 1871 se pronunciaron en Tampico los Generales Calleja y Molina, con una fuerte guarnición; pero atacados durante veinte días, fueron al fin vencidos en un reñido asalto que dió el General D. Sóstenes Rocha, el 11 de Junio de 1871, quien por tan valerosa hazaña fué ascendido á General de División.

«Hiciéronse las elecciones, y antes de que se declarase el resulta-

do, estalló el 1º de Octubre un terrible pronunciamiento en la Ciudadela, por un batallón de policía, que dió muerte á su Coronel Larragoitia, apoderándose allí de muchísimos cañones y material de guerra, con el que armaron á la prisión, poniéndose al frente del movimiento, los Generales Negrete, Chavarría, Rivera y Toledo. Fué sofocado por el General Rocha, que dió un terrible asalto á aquel fuerte edificio, é hizo muchos fusilamientos, que justamente provocaron grande indignación y fueron objeto de graves mociones parlamentarias.

«Después se declaró Presidente Constitucional el Sr. D. Benito Juárez; mas bien pronto estalló de nuevo la insurrección: García de la Cadena, Treviño, Guerra y otros jefes desconocieron la validez de esa elección, contra la cual se declaró también el General D. Porfirio Díaz, proclamando el Plan de la Noria en 8 de Noviembre de 1871, en el que se proponía la suspensión del orden constitucional y la reunión de una Junta para reorganizar el país.

«Aquel plan fué impopular, y aunque para sostenerlo se reunieron ejércitos numerosos, se sublevaron militares de reconocido prestigio y obtuvieron algunas parciales victorias, como las de Avilés en Durango, Topo Chico en Coahuila, Matapulgas en Zacatecas, y la toma del Saltillo; el Gobierno Constitucional logró que Alatorre los venciese el 22 de Diciembre de 1871, al mando del General D. Luis Mier y Terán; Rocha, el 2 de Marzo de 1872, en La Bufa, frente á Zacatecas, en número de 9,000 hombres, mandados por Treviño, García de la Cadena y Martínez; Revueltas, en Monterrey; Eguialuz, en San Luis, entrando la Nación en un período de paz de que sentía gran necesidad, pues el comercio y la agricultura estaban paralizados, las industrias decadentes, y los recursos fiscales agotados, al grado que en un presupuesto de veinte millones había un déficit de cuatro ó cinco cada año.

«En aquella angustiosa situación, Juárez mostró su mismo carácter: intransigente con la revolución, á cada nuevo pronunciamiento oponía nuevas tropas, y sin cejar, sin desalentarse ni cansarse, logró sobreponerse y presentarse siempre fuerte y potente. En tal estado, sobrecogióle inesperadamente la muerte por una afección cardíaca, el 18 de Julio de 1872.»*

---

* «Compendio de la Historia de México,» por el Lic. Luis Pérez Verdía. Librería de la Vda. de Ch. Bouret. México. 1906.

* * *

Tal era la situación de la República cuando Porfirio Díaz se resolvió á intervenir en la contienda, y publicó el *Plan de La Noria*, que forzosamente habría de ser impopular, porque el pueblo ya estaba acostumbrado á ver surgir y fracasar constantemente cuantos planes, proyectos y programas aparecían en el sangriento campo de la perpetua lucha en que vivíamos.

Porfirio Díaz, que desde el año de 1868 dejó el mando de la 2ª División que el Gobierno de Juárez le había conferido, se estableció en La Noria, una pequeña hacienda, con cuya donación había recompensado sus servicios el Congreso del Estado de Oaxaca, y allí vivía en modesta posición, dedicado al cultivo de la caña de azúcar.

Durante los primeros años de su permanencia en La Noria, resistió enérgicamente á las tentaciones de los insurrectos, que sin cesar le aclamaban como jefe, hasta que al fin, convencido de que su patria marchaba hacia la ruina, y sintiéndose capaz de encauzar aquel torrente de peligrosas fuerzas desbordadas y utilizarlo en una pacificación definitiva, resolvió acaudillar el movimiento revolucionario.

Aquel *Plan de La Noria* fué la obra del patriota, del joven entusiasta que soñaba en un ideal Gobierno democrático, para un pueblo viciado y revoltoso, criado en la rebelión perpetua contra el orden, sin respeto á la ley ni al gobernante, y avezado á la lucha sediciosa en una larga serie de asonadas, motines y combates.

En el *Plan de La Noria*, decía el caudillo:

«Durante la revolución de Ayutla, salí del colegio á tomar las armas por odio al despotismo: en la guerra de Reforma combatí por los principios, y en la lucha contra la invasión extranjera sostuve la independencia nacional, hasta restablecer el Gobierno en la capital de la República.»

«En el curso de mi vida política, he dado suficientes pruebas de que no aspiro al poder, á encargo ni á empleo de ninguna clase; pero he contraído también graves compromisos para con el país, por su libertad é independencia; para mis compañeros de armas, con cuya cooperación he dado cima á difíciles empresas, y para conmigo mismo, de no ser indiferente á los males públicos.»

«Al llamado del deber, mi vida es un tributo que jamás he nega-

do á la patria en peligro; mi pobre patrimonio, debido á la gratitud de mis conciudadanos, medianamente mejorado con mi trabajo personal, cuanto soy y cuanto valgo por mis escasas dotes, todo lo consagro desde este momento á la causa del pueblo.»

«Si el triunfo corona nuestros esfuerzos, volveré á la quietud del hogar doméstico, prefiriendo en todo caso la vida frugal y pacífica del obscuro labrador, á las ostentaciones del poder.»

«Si, por el contrario, nuestros adversarios son más felices, habré cumplido con mi último deber para con la República.»

«Combatiremos, pues, por la causa del pueblo, y el pueblo será el único dueño de su victoria: CONSTITUCIÓN DE 57 Y LIBERTAD ELECTORAL, será nuestra bandera; MENOS GOBIERNO Y MÁS LIBERTAD, nuestro programa.»

Este plan fué la obra de su tiempo, era el producto de las bellas ideas de libertad, proclamadas por la República francesa; era un plan ideal, muy adaptable á un pueblo como el suizo, por ejemplo, pero no á una nación latino-americana.

No era adaptable á nuestro modo de ser ni á nuestros hábitos, y llevado á la práctica hubiera fracasado ante el temible predominio de los caciques y la insaciable ambición de los soldados, por la falta absoluta de educación política de nuestro pueblo.

Así lo comprendió el gran estadista, que más tarde, al asumir la responsabilidad completa de su administración y de su mando, si no pudo *cumplir su programa*, supo cumplir con el deber que se había impuesto y crear una oportuna, extraordinaria forma de Gobierno, sin precedente en nuestra historia, sin igual en la América latina, y .....quizás sin igual en el mundo.

A la muerte de Juárez, se encargó interinamente del poder, el Presidente de la Suprema Corte de Justicia, D. Sebastián Lerdo de Tejada, quien conservó el mismo gabinete de su antecesor y dió una ley de amnistía, que por sus muchas restricciones, no dejó satisfechos á los revolucionarios.

Pero, á pesar de todo, la paz quedó restablecida, se hicieron elecciones, resultó electo el Sr. Lerdo, y prestó la protesta el día 1º de Diciembre de 1872, RODEADO DE SINGULAR PRESTIGIO Y EN MEDIO DE LAS ESPERANZAS DE LA NACIÓN ENTERA.

Porfirio Díaz, abrigando también la esperanza de que el nuevo Gobierno pudiese ya marchar en paz por el camino de progreso, abandonó la lucha y volvió á sus labores agrícolas; pero como su hacienda de La Noria había sido destruida por las fuerzas del Gobierno, se es-

tableció esta vez en la Candelaria, rancho situado cerca de Tlacotálpam, en la costa veracruzana, sobre la margen del Papaloápam.

Allí permaneció hasta el año de 1874, dedicado al trabajo, y en los intervalos de sus faenas rurales, fabricaba sillas, mesas y canoas de madera, recordando, sin duda, que en su juventud había también trabajado como carpintero.

«El año de 1874, dice Quevedo y Zubieta, el General Porfirio Díaz ingresó á la Cámara como diputado por Veracruz. Reinaba en este puerto y en gran parte del Estado, una verdadera afección popular por el soldado que hacía muebles y barquillas en su humilde retiro de La Candelaria.

«D. Sebastián, aparentando favorecer esa elección, la combatió con vanas intrigas dirigidas á hacer pasar otro candidato. Viendo venir á la política activa á un temido rival, invocado de nuevo como jefe por la oposición, intentó alejarlo al extranjero. Le hizo ofrecer el puesto de Ministro de la República en Berlín. Porfirio contestó al portador de la oferta, algo muy semejante á ésto: *Diga Ud. á D. Sebastián, que no tengo méritos diplomáticos para tal puesto; que, por tanto, debo considerar su oferta como un favor; y favores sólo los acepto de mis amigos.* Con ésto, la situación respectiva de ambos quedó definida. Surgieron entre ellos relaciones de enemistad íntima.»

La cuestión electoral debía turbar en breve la tranquilidad pública, pues los lerdistas, los mismos que en tiempo de Juárez habían combatido ardientemente la reelección, decidieron reelegir á Lerdo en el próximo cuatrienio constitucional.